

PLAN REGENERADOR DEL SUPREMO GOBIERNO.

CIRCULAR DEL MINISTERIO DE RELACIONES.

Exmo. Sr.—El cañon que anunciaria en la capital de la República la marcha del enemigo sobre ella, ha tronado á las dos de la tarde de este día. El gobierno, por los extraordinarios que se han estado recibiendo de las avanzadas y otros puntos de observacion, en la noche y en la mañana de hoy, ha estado siguiendo los movimientos del enemigo. El general presidente partió á las cuatro de la tarde á su encuentro; mas al partir dejó al que suscribe el honroso encargo de dirigirse á V. E., como autoridad suprema de ese estado, parte integrante de esta nacion, cuya cooperacion invoca, y con la que cuenta para salvarla y reconquistarla las simpatías y el respeto que ahora le ha retirado el mundo.

La patria previó todas las ambiciones é intenciones que se despertarían en el enemigo con los primeros triunfos que se le dejaron alcanzar en la frontera abandonada. Llamó al general Santa-Anna por el movimiento que se inició en Jalisco, que se repitió en la Ciudadela y se consumó despues en toda la nacion. Hace un año volvió el general Santa-Anna: su saludo á su patria en las playas de Veracruz, fué volverla las instituciones que le pidiera: ni un solo acto suyo ha desmentido hasta ahora la sinceridad de su programa.

Por tercera vez ha marchado hoy á afrontar al enemigo audaz. En medio de las suposiciones calumniosas de sus enemigos, que lo son de su patria, no se acuerda mas que de que es mexicano; y como si fuera el solo mexicano, seguido ó no de los demas, hará la guerra al enemigo de su patria mientras respire. Su vida y su fortuna es lo que tiene, y su vida y su fortuna la ha consagrado para responder á su confianza de hace un año, repetida tres veces por sus representantes.

Hace poco mas de un mes no se pensaba en esta ciudad mas que en salvar la vida y los intereses de sus habitantes, porque el segundo ejército que se habia improvisado, y para cuyo refuerzo habia venido una parte del que se hallaba en el Norte, habia sido dispersado en Cerro Gordo; no habia cañones, no habia fusiles, no habia gente: era tan poco lo que quedaba de todo, que el Exmo. ayuntamiento, para solo la seguridad de las personas, tenia publicado un bando, haciendo armar aun á los extranjeros. El enemigo no tomó posesion de la ciudad porque no quiso: las puertas le estuvieron abiertas y el camino despejado. Por mas que cueste á nuestra vergüenza, y por que seria inútil querer ocultarlo á las demas naciones, ahí está la prueba de lo que es ese grande ejército de los Estados-Unidos de América, de lo que es el valor de sus legiones y la pericia de sus caudillos.

Señor gobernador: una horda de foragidos que ha echado sobre nosotros á la ventura la nacion americana, es lo que se ha introducido al riñon de la República, y ha ocupado ó invadido la mitad de los estados de la federacion.

Señor gobernador: una patrulla de mendigos y viciosos, que no se atrevió á tomar una ciudad indefensa, es la que ha emprendido la conquista de una nacion de ocho millones de habitantes.

Mientras ellos han dormido, merced á los afanes infatigables del general Santa-Anna, es hoy tan difícil el tomar la capital, como era fácil en aquel entonces. No pasando de su recinto la accion del gobierno, y contando apenas con los auxilios de pocos estados, inmensas sumas se han gastado en estos dias en la nueva formacion del ejército, en su manutencion, en su vestuario, en su armamento, en la fabricacion de piezas de artilleria, en municiones, en fortificaciones, en maestranza, en movimientos de tropas, en la venida de la brillante division de San Luis, en caballos, en trenes, en mil objetos que han ocurrido cada dia, que se han hecho, y que despues de hechos, seria imposible enumerar. Se ha obrado una cosa mas grande todavia que todo esto: ha mudado com-

pletamente el espíritu publico: lo que ayer era consternacion, se ha convertido hoy en ardimiento: el cañonazo de las dos de la tarde que ha dado la señal del combate y del peligro, fué saludado por la multitud con gritos de entusiasmo, victoreando al general Santa-Anna, al ejército y á la nacion, como quien aguardaba ya impaciente sonara la hora de la reparacion, de la venganza, y de la gloria para todos: las bandas de músicas, de clarines y atambores que se dispersaron tocando generala, fueron acogidas en las calles con palmoteos, con cohetes, con todas las demostraciones de júbilo á que se entrega un pueblo en el vértigo de un triunfo. El guardia nacional dejaba el colegio, el almacén ó el recreo, por acorrer á tomar sus armas, y se arrancaba de los brazos de la hermana, y apartaba la megilla que le quemaban las lágrimas de la madre, por no ceder á una debilidad; y los cuerpos cívicos con una fuerza que no han tenido para el servicio de la guarnicion, se vieron formados y en marcha para los puntos fortificados, antes de una hora.

En medio de esas aclamaciones salió el general Santa-Anna de palacio, y volaba á ocupar los puntos avanzados, siendo saludado en su salida como quien lleva en su persona el agradecimiento y las esperanzas de un pueblo; como quien parte seguro de que ese pueblo será su reserva y sostendrá su retaguardia. Marchó, él el primero como siempre, á señalar el camino del honor, pero á la cabeza de las legiones mas fuertes, mas disciplinadas, mejor conducidas por gefes los mas acreditados que se hayan visto jamas en México.

La nulidad y la malevolencia no comprenden estas grandes obras, y la envidia pretende desfigurarlas: apenas la buena fé se quiere ahorrar la pena de explicárselas, contentándose con decir que parecen un encanto. Pues bien, nada ha sido obra de la casualidad; se ha hecho, porque se ha querido hacer. El que suscribe, testigo inmediato y órgano de algunas disposiciones en las largas horas de meditacion y de amargura del génio, le ha visto en continua lucha con tropiezos de todo género: para cada providencia un obstáculo, ya de la ley, ya de los hombres, ya de las pasiones, ya de la desnudez, y á cada obstáculo la solucion mas adecuada, la que le heria en su atrincheramiento, al parecer inexpugnable. Si el cielo corona, mas que lo justo de la causa, los desvelos y las combinaciones del hombre que se consagra de buena fé al servicio de su patria, el general Santa-Anna tendrá por un brazo á la victoria que en Cerro Gordo le volvió la espalda, y la obligará á coronar sus sienes de laureles. Así lo cree, y ha dejado al que suscribe, el agradable encargo de asegurar á V. E. que triunfará: de poner en su conocimiento, para que lo transmita tambien al de los dignos mexicanos de ese estado, que han clamado por la guerra, que el gobierno actual hará la paz: sí, pero la paz que él dicte, cuando postrado su enemigo en tierra, sea necesario tenderle la mano para que se levante y que se vaya: hará la paz, cuando esa nacion orgullosa le pida por gracia que no continúe la guerra.

La obligacion de obedecer al patriota gefe del estado, me compele á desempeñar la segunda parte de su encargo, por mas que me resista á reconocer ni la posibilidad de la hipótesis: me manda S. E. dirigirme á sus conciudadanos, y decirles en su nombre, que si sucumbe en esta lucha, ó si ha de entrar en los designios de la Providencia que esta desgraciada nacion experimente todavia un revés en castigo de sus extravios, que sus conciudadanos, á ejemplo suyo, se apresuren á lavar con su sangre los errores con que hayan tenido mas ó menos parte en ellos: en nombre de mil generaciones les conjura que deponiendo intereses y rencillas que nos han traído á tan vergonzosa crisis, se eleven hasta la altura de la cuestion que se ventila: que no hay transacion posible fuera del honor: que en ella va la posesion de esta hermosa y envidiada parte del globo: ó la conserva nuestro pueblo de costumbres tan suaves y puras como su cielo, ó

ha de ser presa de una raza tan soez y brutal como jactanciosa, y nuestra tranquila y perfumada atmósfera ha de ser corrompida por esa raza blasfema que predica civilizacion y libertad azotando las carnes desnudas de sus semejantes, y marcando títulos de propiedad con hierro ardiendo en su rostro, imagen de nuestro común Creador: que no hay que fiar en la palabra de tal pueblo: tratados tenia de amistad con nosotros y ha talado nuestros campos, y ha derramado la sangre de nuestros hermanos, y ha desacreditado el siglo con sus horrores, y está ya sobre la capital de la República, y aun no se digna decirnos qué le hemos hecho, ó á qué viene como un frenético, con la espada desenvainada.

Buscando el presidente en esas horas de meditacion una causa bastante á explicar lo que ha pasado á su rededor desde su vuelta á la República: siendo S. E. el objeto de mil contradicciones; y obligado, por la confianza de su patria, que se ha puesto en sus manos para que la salve su honor y le asegure su porvenir, á sondear sus llagas y buscarle el remedio, ha querido comprender cómo en una cuestion de tanta entidad, pues que importa el honor y la existencia, no ha visto en cada ciudadano un soldado, una fortaleza en cada choza: cómo habiéndose restablecido las instituciones federales, ha tenido la nacion menos espíritu público, menos fuerza y menos federacion que nunca: cómo un oscuro clérigo, sin erario, sin armas, sin instituciones, aun sin el llamamiento ni opinion de sus compatriotas, sin mas medios en fin, que la fuerza de su voluntad, le basta tocar á rebato en el campanario de su parroquia, é intenta, cual otro Atlante, levantar en sus hombros á un mundo, viene antes de dos meses á desafiar con cien mil hombres la cólera poderosa de una potencia afianzada en tres siglos; y hoy esta nacion, hija de esa inmensa voluntad, ya formada, ya con gobiernos propios, todos con ejercicio libre de su autoridad, con áreas públicas, con súbditos obedientes y amantes de la independencia, que se educaron en aquella lucha, que para mayor confusion celebran todos los años los deliciosos recuerdos de aquellas hazañas, con armamento amontonado en el espacio de 37 años: esta nacion no pudo despues someter la mitad de un departamento ó estado sublevado, y esta mitad de departamento se ha convertido en conquistadora del resto; y hoy esta nacion se ha visto insultada en cada dia que ha pasado con la presencia en su seno de ese puñado de hombres, instruyéndose en sus plazas en el manejo del arma para hacerle la guerra. ¿Es este el pueblo mexicano de 1821, de 1829? Cualquiera que sea el grado de su civilizacion, no se puede suponer que sea inferior á sí mismo en otras épocas, que sea inferior á los salvajes, cuyo instinto por su independencia les hace arrostrar la muerte y el martirio. Los mexicanos de hoy ¿son entes sin cualidades fijas de ninguna naturaleza, ni fiereza por sí mismos, ni fanatismo por su culto, ni apego á la tierra que guarda los huesos de sus padres? Son estos unos sentimientos tan inherentes al modo de ser de un pueblo, que no fué bastante á sufocarlos en los antiguos mexicanos ni aun la creencia supersticiosa de que una raza que debia aparecer por donde nace el sol habia de venir á dominarlos.

Los partidos políticos, las desconfianzas afectadas ó sinceras, la mano del enemigo que ha trabajado activamente, entrarán por mucha parte á explicar este fenómeno; mas por eficaces que hayan sido estos móviles, seria un absurdo querer que su accion se extendiera á la masa de todo un pueblo, comprendiendo todas las clases. El Exmo. Sr. presidente cree haber encontrado la solucion de este problema en los frutos que hemos sacado hasta ahora de nuestros diversos ensayos y revoluciones, sin que se hayan llegado á palpar los bienes prometidos por todos los caudillos de cambios, ni de los apóstoles políticos cuyas proclamas y cuyos discursos podrian haberse estereotipado para no variarles mas que el nombre, y hay

alguno ó algunos que podrian haber figurado en todos. "Triunfamos, cree el Sr. presidente que dirán algunos," y ¿para quién ó para qué triunfamos? y ¿qué se sigue despues de nuestro triunfo? ¿Las cuestiones miserables de los que por intrigas, ó á título de frases, ó tomándolo como un oficio sin aptitud y sin antecedentes, aspiran al poder? ¿Y jamas hemos de llegar á tener mejoras materiales, ni estabilidad en sistemas ni en autoridades, y hemos de seguir viviendo del acaso, y mirando la suerte ó los grandes negocios del estado, expuestos á la desercion de un general, á la pedanteria de un tribuno ignorante, y nuestra política se ha de reducir á meditar los medios de echar por tierra á un magistrado el mismo dia que con nuestro voto lo elevamos? Muchos creen que los americanos nos traen el reinado pacífico de la libertad; otros no serán tan necios, pero indiferentes al género de mal, solo miran el volverse de un enfermo; y todos, detestando á sus distintos tiranos, esperan el remedio de la casualidad. El Exmo. Sr. presidente me manda precisar de una manera explícita y positiva, las reformas que se propone hacer en el estado político del pais, mientras se hallare en el poder, decretando respectivamente las que cupieren en sus facultades, ó recabándolas de quien correspondan. Algunas ha comenzado á poner en practica, y bien hubiera querido plantear de una vez las que dependen de su sola autoridad, aun para hacer la guerra con mas eficacia y derramar cuantos bienes le fuese posible compensando los males que por sí sola acarrea. Habria querido el Sr. presidente fuese imitado el ejemplo de la Francia, adelantando en medio de sus guerras con la Europa, y recientemente el de nuestros padres, que jamas habian progresado tanto como en estos dias de la guerra de sucesion; pero por demasiado feliz se tiene en haber podido reunir los elementos de defensa con que ahora cuenta. Sea, pues, en seguida del triunfo, ó durante la guerra, si ella se prolongara y los enemigos no quisieran evacuar el territorio, el presidente comenzará su empresa de reformas mas liberales y mas sólidas aún que las que se han promulgado, como el medio mas eficaz de hacer la guerra. El Sr. presidente cree que la sola organizacion del pais, desarma y nulifica y mata á los americanos del Norte.

Las sociedades, como los individuos, no pueden vivir aisladas: en la diversa combinacion de sus intereses, les es necesario apoyarse las unas en las otras. Dos veces hemos experimentado los efectos necesarios del olvido de estos principios, y el Exmo. Sr. presidente ha sentido mas lo crudo que ha sido el experimento para su patria, que para su persona. No podrán acaso las repúblicas españolas del continente enviarse ejércitos ni escuadras por algun tiempo todavía; mas como el que gobierna á una nacion debe pensar para siglos, se propone fomentar con todo su influjo la formalizacion del gran pensamiento de Bolívar y generalmente adoptar con los gobiernos y las naciones europeas, una política mas franca todavía, que la que ellas tienen entre sí. Nuestro pais está destinado á ser el preferido del hombre libre; y si esta filosofía se hubiese hecho practica desde la independencia, estaríamos á estas horas palpando sus grandes y ópimos frutos, que si ahora somos viles y no la queremos defender, habremos padecido y trabajado para otro y ese otro los vendrá pronto á aprovechar. La filosofía, la civilizacion y la conveniencia aconsejan dejar nuestra carrera de jactancia y de mezquindades: la nacion con quien luchamos, está ya acreditada en el mundo por la inconsecuencia de su conducta en todos tiempos con sus principios y por su descarada rapacidad para apropiarse de hecho lo ajeno, con su nuevo lenguaje de anexaciones: esa nacion es el objeto del odio en todas partes, y en todas partes se aplaudiria nuestro triunfo; correspondamos á esas simpatías.

Leyes que parece han tenido por objeto hacer á todo el mundo un patrimonio en el erario, han hostigado mas bien que protegido la produccion y el comercio. El Exmo. Sr. presidente hace formal promesa de que serán suprimidas las aduanas interiores, lo cual ya lo habria hecho, si hubiese sido mas auxiliado para las atenciones de la guerra: se bajarán consi-

derablemente los aranceles y se alzarán todas las prohibiciones que convengan, y esto fomentando por un lado la produccion del pais é indemnizando previa y suficientemente á los que para ello padezcan, aunque hayan vivido ó estén viviendo del desorden; porque el gran problema que el Exmo. Sr. presidente se propone resolver en las grandes reformas que medita, es no herir derechos adquiridos y mejorar la condicion de todos los que se alarmen y pudieran tener derecho de quejarse.

Esa raza desgraciada, para quien no se ha hecho hasta hoy sensible la independencia; desnuda, viciosa, por el abandono de la misma sociedad y para quien sin embargo se sacrifica, proveyendo sus mercados, trabajando en la labranza y con su servicio en las armas, va a recibir inmediatamente beneficios positivos de la mano bienhechora del Exmo. Sr. presidente, porque será libre de pagar ninguna clase de derechos por lo que acarrea en sus espaldas, ni aduanales, ni municipales, ni de ninguna denominacion. Su instruccion, su moralizacion y su bienestar, son objeto de la predileccion del presidente.

La primera de las necesidades en las grandes masas de nuestra República, es la de la instruccion, no solo porque sepan lo que quieren y puedan así defenderse de la opresion disfrazada, sino en todo género de industrias. Se propone por lo mismo el presidente, difundir la enseñanza, como el alimento, y establecer una caja de primas para toda clase de artesanos que vengan con nuevas herramientas á establecerse en nuestras poblaciones.

Como otra de nuestras necesidades, aun para la ilustracion de las masas, es la poblacion, habria ya celebrado varios contratos de colonizacion, si no se lo prohibiera el decreto de 20 de Abril: no sabe por qué, y solo le toca respetarlo. Sin embargo, en nombre de la nacion ofrece terrenos en absoluta propiedad y dará todos los títulos deseables á aquellos irlandeses ó alemanes, franceses ó de cualquiera otra nacion, que por no hacer la guerra á un pais católico, como ellos, deserten las filas del ejército invasor y tomen la defensa de México.

La obligacion de asegurar nuestras fronteras para lo futuro, la nueva política que seguirán los otros pueblos con la República, una vez echados los ojos sobre ella, hacen necesaria la conservacion de un ejército; pero quiere el presidente que ese ejército no sea formado de gente viciosa ó filiada por la coaccion ó la violencia, sino por aquel sentimiento con que se formaron los ejércitos que hicieron cosas maravillosas á principios de este siglo. Quiere el Exmo. Sr. presidente una obligacion igual en todo hombre nacido mexicano, para ser soldado, el establecimiento de una caja de reemplazos, y un tiempo limitado de enganche. El ejército de hoy tiene que rescatar de sus conciudadanos las flores que derramaron sobre él en las calles de México en 1821, y a fé que lo está haciendo, porque sin él ya habria concluido la empresa de los americanos; mas, ay de aquellos que despues de haber pesado sobre el erario y obtenido ascensos, no escucharen esta vez la voz del honor! Queriendo el Exmo. Sr. presidente, que no se puedan volver á conferir empleos militares, sino en virtud de un examen, como carrera facultativa, no tendrá esta regla otra excepcion para quedar en el ejército, que la de los que se distinguen en esta campaña. Quiere S. E. asegurar el porvenir de los honrados generales del ejército y de sus familias. Si es verdad que las revoluciones han traído, entre otras consecuencias, la profusion de esos grados altos del ejército, tambien lo es, que esta campaña proporciona la ocasion de acreditar la aptitud y las razones para haberlos merecido: tambien lo es que hemos tenido generales que han recorrido su carrera sin haberla manchado jamás, y que despues de haber prestado grandes servicios á su patria, quedan olvidados como vagos en las capitales, sin fruto ninguno para sí ni para sus familias, del trabajo de toda su vida. Señoras que debieran ser de alta categoría en la sociedad, porque el nombre que llevan importa una página gloriosa en la historia de nuestra independencia, enjugan las lágrimas de la humillacion en las puertas de una comisaría para llevar un miserable prorateo á unos hijos

que esperan con impaciencia el primer alimento del dia. ¿Quién expondrá con gusto su existencia por una patria mal agradecida? No, ella debe y quiere reservar una gratitud que no sea estéril á los que le sirven bien. Buenas haciendas de campo en terrenos nacionales, la imposicion del sueldo entero en fondos municipales, y un grado superior en la Guardia Nacional, para instruirla, para sostenerla, para servirla á ella y á las libertades públicas, son el bello reconocimiento que el presidente quiere reservar la patria á los generales que le vuelvan ahora su independencia y su honor.

Quiere el presidente, que esta institucion no se haga odiosa por su opresion, por su exclusivismo, por su legislación excepcional, llevada á un punto en que no está ni en las monarquías de Europa.

Que ese pueblo que derrama su sangre, con quien exclusivamente se reemplazan los ejércitos destruidos, sepa sus derechos y sirva por el honor y el patriotismo: sepa que mejorando su suerte, esperándole un porvenir, adquiriendo sentimientos de honor é instruccion que le proporcionará la sociedad, puede desde haber acarreado los víveres del mercado sobre sus hombros, llegar á ser general y componer el senado.

Para destruir la empleomanía, y con ella uno de los incentivos de las revoluciones, los empleos en adelante no se conferirán en propiedad, y no habrá otro título para conservar los que se dieren que su buen desempeño y la utilidad pública.

Con bienes raíces, manejados por una junta especial, compuesta de los mismos interesados, se propone el Exmo. Sr. presidente establecer un banco nacional, cuyo fondo no baje de cien millones de pesos, para amortizar la deuda exterior, consolidar la interior, reconociéndola á un interes anual: aliviar así la suerte de tantos acreedores del erario, aun por sueldos debidos á altos funcionarios en sumas increíbles; y sacar así á la plaza fuentes de riqueza, cegadas hasta hoy, y proporcionar capitales para empresas de todo género, en un pais virgen, que está convidando para ellas, y que no ha menester mas que un poco de orden y de estabilidad.

De estos y otros proyectos están preparados los trabajos, y algunos con la guerra y despues de ella se van y se irán poniendo en planta un dia tras otro.

Media docena de años con estos elementos, bastarán para cambiar el faz de la República y volverle su lugar en el mundo. Si los americanos se posesionan de ella, todo se realizará; pero nada será para nosotros. ¿Por qué nosotros no nos esforzaremos para hacer en nuestro provecho lo que nos forzarán á hacerlo para el suyo? Pues bien: la condicion indispensable, el título para merecer tan risueño porvenir, es la victoria, y esta victoria es muy facil, con solo querer.

Quiso el general presidente que se defendiera la capital que carecia de todo, y la capital se va á defender. Conjura á V. E. haga porque quiera ese estado hacer la guerra, y la victoria es segura. Cuanto mas simultaneo, cuanto mas eficaz sea este querer, menos sacrificios costará, y los estados todos habrán cumplido con la federacion y la República, escarmetando una vez por todas á los miserables que la han querido mancillar.

Esperaba el mundo culto que nosotros diéramos en la cabeza á esa nacion orgullosa, y en su despecho ha dicho el mundo que somos un pueblo afeminado, que no sabe ni gobernarse ni defenderse. Probemos al mundo que sabemos las dos cosas; y para llevar adelante tan grande obra, cuenta el Exmo. Sr. presidente con V. E. y con el estado que dignamente preside. De su orden suprema tengo el honor de decirlo á V. E., ofreciéndole por mi parte mi distinguida consideracion.

Dios y libertad México, 9 de Agosto de 1847.
—Pacheco.—Exmo. Sr. gobernador del estado de.